

el año 1958, y "La cirugía como tratamiento del cáncer oral y mandibular", publicado en 1960. Fue relator en 1969 en el 40° Congreso Argentino de Cirugía sobre "Tratamiento quirúrgico del cáncer avanzado" y algunos de sus trabajos recibieron premios destacados como el Premio "Guillermo Bosch Arana", otorgado por la Sociedad Argentina de Cirujanos que recibió en tres oportunidades: en el año 1959, por el trabajo "Resección del maxilar inferior, su reconstrucción", en 1964 "Cáncer del labio, nuestra experiencia de 223 enfermos" (en colaboración con el Dr. Roberto Pradier); y en 1979 por el trabajo "Hipertiroidismo; enfermedades de Basedow y de Plummer". También, en 1979, recibe el Premio "Asociación Argentina de Cirugía", por el trabajo "Enfermedades de la glándula tiroidea" (éste en colaboración con el Dr. Juan Carlos Ahumada).

En el ámbito local fue Presidente de esta Academia; en el ámbito internacional Miembro extranjero de la Academia de Cirugía de Lyon (Francia).

Pero Pilheu tiene otro aspecto de su vida tan o más interesante y meritorio que su vida médica.

En el año 1950 se casa con Elisa Esther Buch, gran mujer y compañera de toda la vida. Tuvieron tres hijas, Graciela, Patricia y Marta, y ocho nietos, entre los cuales destaco y agradezco a Federico por toda su colaboración para reunir gran parte de esta información, quien fue primer nieto y primer varón, y por el que tenía una debilidad especial.

Desde muy joven, a los 18 años, paralelamente a sus estudios de medicina, su interés por otros campos del conocimiento lo llevo a indagar y estudiar sobre diferentes aspectos del origen del universo. Las lecturas sobre astronomía y cosmología ocuparon parte de su interés intelectual. Este indagar entre lo conocido y desconocido lo llevó a preguntarse sobre la relación entre el origen del universo, la vida y Dios, tema que lo desvelaba de sobremanera. Los conocimientos adquiridos y sus propias conclusiones lo llevaron a escribir tres libros sobre cosmología, que luego fueron publicados: "Pasado, Presente y Futuro del Cosmos",

en 1993; "La Constitución de la materia y la Física Cuántica", en 1999 y ¿Hay Vida Extraterrestre? en 1999. Esta incursión en la metafísica le permitió relacionarse con personalidades de la envergadura de Jorge Luis Borges y Julián Marías. Con ellos participó de una mesa redonda en la que se debatió el tema de "La posición del Hombre y del Médico ante la Enfermedad Incurable y la Muerte". Esas ansias por el conocimiento y la cultura general lo mantuvieron activo hasta prácticamente el día de su muerte.

La familia ocupaba un lugar relevante de su vida. Fue un hombre con gran devoción hacia su madre, esposa, hijas y nietos. Tenía desvelo por sus hijas. Muy unidos, disfrutaba llevándolos en viajes de placer, paseos por la ciudad o en el tiempo transcurrido en su quinta de fin de semana. Tenía un sentimiento de protección sobre ellas, que hoy en día recuerdan y agradecen. Fue un padre cariñoso pero exigente. Como buen cirujano era didáctico y perfeccionista. Este aspecto general de su vida lo aplicaba constantemente. Siempre estaba enseñando. Su riqueza de conocimientos sobre cultura general era tan profunda, que el tiempo dedicado a hijas y nietos hizo que sus infancias fueran más que felices. La reunión familiares y con amigos eran muy entretenidas, amenizadas por el repertorio de anécdotas, por cierto infinitas, sobre todas las facetas de su vida. Sus relatos de las vivencias como practicante del Clínicas, eran tantísimos y se disfrutaba de ellos en cualquier circunstancia que lo permitieran.

Otra faceta poco conocida de Pilheu era su altruismo. Muestra de ello fue la donación de una sala de primeros auxilios que hizo a la localidad de De La Garma, pueblo del partido de González Chaves, y que hoy lleva su nombre.

Pilheu falleció el 23 de febrero de 2006. Este sencillo homenaje de la Academia Argentina de Cirugía, rinde tributo a quien fue un cirujano de raza, inteligente, diestro, con una personalidad avasallante, que ejerció la profesión desde el lugar del conocimiento y la innovación y a quien todos recordaremos con respeto y admiración.

### **Discurso del Sr. Presidente entrante Dr. H. Pablo Curutchet MAAC FACS**

Autoridades presentes, señores académicos, señoras y señores, amigos: Haber sido honrado

con la Presidencia de la Academia Argentina de Cirugía representa una designación que excede

mis méritos. Es un nombramiento que me honra por los distinguidos cirujanos que me precedieron y aumentaron su prestigio, desde la creación de nuestra Institución, hace exactamente 100 años.

Al Dr. Enrique Sivori toda mi gratitud por sus palabras. las mismas están motivadas más por el afecto mutuo desde nuestra época de residentes que por mis merecimientos personales. Su capacidad de liderazgo está expresada por la calificada y excelente labor realizada por la Comisión Directiva saliente que él presidió.

Sea también mi agradecimiento a los señores académicos por la confianza en la nueva Comisión Directiva. Me acompañarán en mis tareas distinguidos cirujanos: Pedro A. Ferraina, VicePresidente; Norberto A. Mezzadri, Secretario General; Miguel Ángel Ciardullo, Tesorero; Juan Álvarez Rodríguez, Director de Publicaciones; Manuel R. Montesinos, Director de Biblioteca; Dres. Roberto Lamy y Albérto Ferreres, Vocales; y Ángel Vanelli, Secretario Anual.

Este es el momento para manifestar públicamente también mi más profunda gratitud a cuatro prestigiosos cirujanos a los que considero mis mentores en mi carrera quirúrgica, cuando ese término no estaba todavía incorporado para nosotros al significado de maestro, conductor y consejero: Los Dres. Andrés A. Santas y el Dr. Horacio Achával Ayerza en mi etapa inicial y desde mi regreso al país, y los Dres. Walter Lawrence Jr. y José J. Terz, dos figuras relevantes de la Cirugía Oncológica norteamericana, en mi importante entrenamiento en ese país. Todos ellos fueron mi motivación y mi permanente estímulo.

También mi enorme reconocimiento al Hospital de Clínicas donde desarrollé toda mi actividad docente y asistencial, al Dr. Vicente Gutiérrez por su estímulo y apoyo y a todo el Departamento de Cirugía a mi cargo, a sus residentes y *fellows* y a los integrantes de la División de Cirugía Oncológica, inicialmente discípulos y hoy calificados cirujanos que me superan y con los que compartí un sueño y un proyecto común. Sin la ayuda de todos los mencionados hoy no estaría en esta posición.

Agradezco también desde lo más íntimo la posibilidad de compartir este halago con mis hijas Paula, Solange y María, que con su cariño supieron tolerar mis ausencias familiares, y con mi mujer, Cristina, que me acompaña desde hace 16 años con su amor, tolerancia y apoyo permanente.

Es habitual que el nuevo presidente exponga sobre algún aspecto de la cirugía académica que pueda influenciar la marcha y evolución de nuestra institución. En esa perspectiva, tratando de ser breve y para una audiencia heterogénea, quisiera referirme a la presencia de jóvenes cirujanos, no miembros todavía, en nuestras reuniones semanales. A simple vista parece un aspecto poco relevante pero encierra en mi opinión un potencial y un reaseguro institucional muy importante. Nuestra actividad semanal está basada fundamentalmente en dichas reuniones, con un espíritu de destacada discusión científica y proyección docente. La primera mantiene su calidad estimulada por los últimos y acertados cambios introducidos en su metodología y que han jerarquizado las mismas. El segundo aspecto, el docente, tal vez por nuestro quehacer académico específico, no ha convocado demasiado nuestra atención. Es evidente que nuestra actividad tiene un importante efecto didáctico indirecto por la publicación de los trabajos y sus discusiones en la Revista Argentina de Cirugía, con llegada a una enorme proporción de cirujanos ya formados en todo el país. Sin embargo, creo que instituciones como la nuestra deberían contribuir de alguna manera más directa, con la educación quirúrgica del postgrado y ser referentes calificados para contribuir a evaluar su calidad.

En ese aspecto, es una impresión personal y tal vez compartida por alguno de ustedes, que se va notando una sutil reducción de la concurrencia de jóvenes cirujanos a nuestras reuniones. Esto está avalado por algunas cifras extraídas de nuestros registros de asistencia. En los últimos cinco años y con algunas variaciones circunstanciales hubo una disminución global progresiva de aproximadamente el 30% de la concurrencia actual comparada con las cifras históricas. Recuerdo cuando en nuestros inicios en la cirugía nos amontonábamos parados en el fondo de esta sala tratando de absorber las importantes experiencias y encendidas discusiones de los señores académicos. Pero todo fue cambiando. La cirugía cambió, la sociedad cambió. No es que antes fuera mejor y ahora peor, sino que sencillamente es distinto. Los valores que miden la utilidad de una actividad científica están variando y pueden no gustarnos, pero no podemos resistirnos a la realidad de nuestros tiempos. Intentarlo es utópico y fantasioso. Pero sí podemos influenciar, con espíritu académico flexible, para

ir adaptando las instituciones a dichos cambios y contribuir a sus necesidades sin que pierdan su prestigio.

En esa dinámica de cambio socio-cultural, diversas circunstancias incidieron y siguen influenciando en la misma. Sin pretender descifrar el problema, trataré de reflexionar en algunos minutos sobre algunas de las razones y factores que a mi criterio potencian esos cambios y proponer posibles estrategias para intentar disminuirlos y aprovecharlos.

La situación planteada no es exclusivamente nuestra sino que se ve reflejada en todas las instituciones extranjeras similares con enfoque multidisciplinario. Tal vez en nuestro caso, pensando correctamente que nuestra excelencia académica era suficiente, se soslayó la necesidad de ir creando simultáneamente algún mecanismo alternativo para convocar y atraer a los jóvenes cirujanos como sucedía en tiempos pasados. ¿Cómo podemos ir revirtiendo esa tendencia? Posiblemente, interpretando las causas del problema podamos intentar desarrollar alternativas para corregirlas o eliminarlas.

Un ambiente científico altamente especializado y selectivo como el nuestro, puede sin notarlo, discriminar la concurrencia donde el cirujano joven no encuentra respuesta a su necesidad asistencial más generalista para ejercer su competencia. Requerido por sus necesidades laborales y la carrera para su subsistencia, el poco tiempo que dispone para su actualización científica lo ocupan las fuentes digitales de información virtual con acceso a una explosión bibliográfica inalcanzable, y ocasionales jornadas societarias. Esta globalización informática tan fácil y accesible ha impactado significativamente en la convocatoria de las instituciones académicas.

Por otra parte, la expansión e imposición en los últimos años de la etapa tecnológica contribuyó a producir una sub-fragmentación de la cirugía general difícil de abarcar globalmente y que atenta con las reuniones multidisciplinarias. Parecería que cada órgano del cuerpo tiende a tener un cirujano especializado altamente tecnificado. De allí la erupción de sociedades, cursos, reuniones y mini-congresos sub-especializados producto de esa fragmentación quirúrgica con oferta técnica y recompensa curricular, algunas no básicamente jerarquizadas. Todas ellas ofrecen un mercado altamente competitivo para reuniones con un alto

nivel de discusión académica pero que no cubren sus expectativas.

Conjuntamente, las condiciones actuales de un mercado laboral agresivo y cambiante y un contexto social en el que la utilidad reemplaza a la calidad, compiten ante la necesidad de una subsistencia económica con estándares globalizados. En ese contexto la ecuación del joven cirujano, a mi criterio, es tendenciosamente práctica y simple. Con el aprendizaje fundamentalmente técnico cree que puede alcanzarle para su competencia y no le atrae su participación académica porque no le retribuye inicialmente mayores beneficios.

Además y no menos importante, se agrega la relativa despreocupación progresiva para imprimir en los programas de capacitación quirúrgica del postgrado una exigencia académica. Dicha carencia produce un desconocimiento y desinterés por la misma y por lo tanto la falta de percepción de su utilidad y beneficio incide para una menor oferta de cirujanos jóvenes a las reuniones.

Es evidente que promover esa orientación impone una dedicación importante que la anula si no está suficientemente motivada. La ley del menor esfuerzo atenta contra la necesidad de una adecuada formación académica en una actividad quirúrgica cada vez más compleja y amenazada con una recompensa cada vez más cuestionada y paradójica. Ese facilismo en los programas de formación quirúrgica es una trampa para la salud de las instituciones porque una vez instalado es muy difícil suprimirlo. Es una forma de amenaza para la calidad educativa. Reconocer su capacidad de seducción y combatirlo contribuiría a que nos equivoquemos menos.

Evaluando todas estas circunstancias y con un sentido institucional, la oferta de una población quirúrgica poco motivada, bombardeada por necesidades laborales y económicas, aturdida por una práctica quirúrgica fragmentada y cuantitativamente demandante y con un acceso bibliográfico infinito, disminuye la posibilidad de su inserción académica haciéndola cada vez más complicada.

Las entidades académicas no son para todos, sino para los que teniendo los méritos suficientes pretenden integrarlas porque las consideran un ámbito superior para su desarrollo científico y están dispuestos a ser permanentemente evaluados por sus pares. La Academia Argentina de Cirugía, entre otras cosas está rodeada de una mística muy especial y difícil de explicar a los

más jóvenes. Se la entiende habiendo transitado por ella. Pero para ello es necesario transitarla. Hay un creciente número de jóvenes que son la primera generación de una familia que ingresa a la educación superior y serán el recurso calificado para el progreso de la misma institución. Ortega y Gasset afirmaba que una institución que no convoca y cobija a sus jóvenes hipoteca su futuro.

La presentación de esta realidad suena por lo menos preocupante. No podemos desconocerla ni sentir perplejidad o resignación sino, con un sentido de autocritica, exigirnos la capacidad de innovar los mecanismos de comunicación y convocatoria sin afectar la tradición de nuestra institución.

Es necesario por lo tanto atraer a los cirujanos jóvenes desde el postgrado para que se inicien en la dinámica de la convivencia académica, pero para lograrlo sería imprudente esperar una concurrencia espontánea o intentar una convocatoria general y no calificada. Una estrategia factible podría ser acudir al compromiso que pueda asumir cada académico con posición de liderazgo para seleccionar a los jóvenes que, insinuando un perfil académico definido, los consideren por sus características individuales candidatos. Así se convertirían en sus mentores para que con su conducción y ejemplo puedan, entre otras cosas, atraerlos inicialmente a nuestras reuniones. Es evidente que un mentor no se ofrece ni se busca sino que se establece por una conexión de objetivos comunes e implica un gran compromiso mutuo. Si por ser académicos estamos convencidos que este intento ofrecería un valor agregado para nosotros y para la formación de líderes, tratemos de promover esa búsqueda en nuestra área de influencia. Todos los académicos

tenemos la responsabilidad de inculcar y producir la motivación para iniciar una actividad académica en nuestros jóvenes cirujanos. Que cada uno de nosotros forme parte, no solo del discurso sino de las acciones y las realidades, es el principal desafío que enfrentamos.

Otra alternativa complementaria en estudio y existiendo ya un acuerdo previo, es concretar un elaborado intercambio con la Asociación Argentina de Cirugía para acreditar, entre los requisitos para los aspirantes y candidatos a ser miembros de la misma, su presencia periódica y debidamente registrada en nuestras reuniones. Ellos de por sí ofrecen una población de cirujanos seleccionados que tienen el perfil y la intención de una participación societaria y académica. También de esta forma y sin querer entrar en discusiones institucionales, la Academia Argentina de Cirugía podría atraer no sólo a jóvenes cirujanos seleccionados sino también participar y contribuir a elevar la calidad de los procesos de evaluación y otorgamiento de la habilitación para la especialidad.

Si pretender que estas ideas sean compartidas por todos y entendiendo que deben someterse a un mayor análisis entre los académicos, tienen el único objetivo de mantener la calidad de nuestra institución y colaborar académicamente con la enseñanza quirúrgica del postgrado.

La dinámica que se crearía intentando estas alternativas sería, creo, la forma más sincera y segura de realimentar permanentemente nuestra calidad institucional y colaborar significativamente en el proceso educativo. Esto ofrecería una interpretación de lo que somos y una clara señal sobre el camino que se puede abrir a nuestro paso. Es nuestra responsabilidad intentarlo.

Muchas gracias.